

AGENDA Cultural



Universidad
de Antioquia
1803



García Márquez: *Alter ego* de Cervantes • La presencia del erotismo en el cuento colombiano

Baldomero Sanín Cano: el nacimiento de la crítica moderna en Colombia

Colección de periódicos: un mundo en la Biblioteca • Los Nukak: el pasado en presente

Del 8 al 13 de noviembre, encuentro universitario con el libro. XI Feria del Libro Universidad de Antioquia

La Universidad está en cada uno de nosotros **196** años

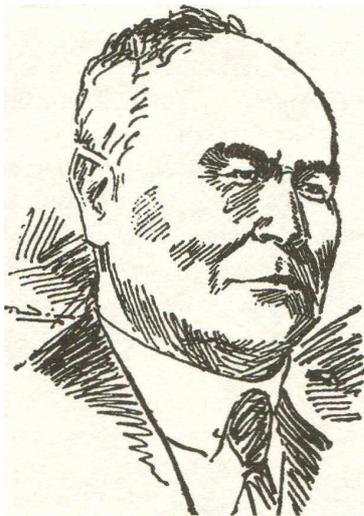
Presentación

En el diverso y amplio panorama de la literatura colombiana encontramos un sinnúmero de escritores y de poetas que, por medio de su obra, han creado universos personales y fantásticos. Otros, por el contrario, se han dedicado a contar y a describir nuestra realidad, o nuestra historia.

Y muchos autores de nuestro país han logrado trascender las fronteras territoriales e idiomáticas, y se han inscrito con sobrados méritos en el universo de la literatura mundial. Gracias a ellos, nuestra diversidad cultural y nuestra identidad, han sido conocidas por otros pueblos y por otras culturas.

Reconocer y destacar la trayectoria y el trabajo literario de algunos de esos colombianos, que han aportado significativamente a la literatura universal, es el objetivo de la presente edición de la **Agenda Cultural**.

Baldomero Sanín Cano: el nacimiento de la crítica moderna en Colombia



*... somos reacios
 a la crítica porque
 ésta es producto del
 pensamiento moderno,
 de aquella tradición
 ilustrada y racionalista
 que no encontró
 buen recibo
 en tierras católicas y
 contrarreformistas.
 No es por eso
 gratuito que Sanín
 Cano ligue crítica y
 humanismo,
 y señale que la
 inexistencia de la
 primera obediencia a
 la debilidad del
 segundo.*

Por: Oscar E. Montoya G.

La “respetuosa ignorancia” que rodea el nombre de Baldomero Sanín Cano es innegable! Muchos reconocen su importancia, pero pocos son capaces de señalar cuál es su verdadera significación para nuestra cultura. En cierta forma, podríamos afirmar que su nombre y su obra han sido víctimas de la crítica monumental: aquella que para ahorrarse el trabajo de leer a un autor, le endilga el mote de clásico, u otro adjetivo celebratorio, con lo que a la vez que cumple el cristiano precepto de honrar a los muertos, se evita el ejercicio intelectual de confrontar una obra pasada, para indagar por lo que ella tiene para decidir al presente.

En el caso de Sanín Cano, este “inconsciente olvido” se refuerza por el tipo de géneros que frecuentó: el ensayo y la crítica, los que, en nuestro medio, siguen siendo en muchos casos, afectados por los vicios que él atacó. El primero se ha confundido, en

especial en las últimas décadas, con un estéril academicismo que, con sus jergas pseudo científicas, aleja a los lectores no especialistas; mientras la segunda todavía sirve para que “un escriba de talento y buena sombra, condecorador de sus habilidades de frase (resuelva) hacer uso de todas sus cualidades literarias de carácter para procurarse un empleo o, teniéndolo, para conservarlo a todo trance”.¹

Pero, precisamente, la vigencia de esas costumbres intelectuales se convierte en el argumento de mayor peso para volver a la obra de Sanín Cano, y comprender el aliento revolucionario que la inspiró. Su labor fue, nada más y nada menos, la de fundar la crítica moderna en nuestro país, hacer de ella un ejercicio cotidiano, necesario para la vida cultural de la Nación.

No desconocía los obstáculos que enfrentaba. La concepción señorial de la cultura que confundía el ejercicio del intelecto con el decoro y las buenas

costumbres, al igual que la negación de la modernidad, impedían que la crítica prosperara, porque “pugna con la tranquilidad del individuo y puede lastimar el orden social”.²

Pero Sanín Cano va más allá de la queja sobre las dificultades para ejercer el oficio en el medio, y se pregunta por las razones por las que en nuestra vida intelectual hay tan poco espacio para el desarrollo de la crítica. La respuesta que da a este interrogante apunta a aspectos substanciales de la configuración cultural colombiana: somos reacios a la crítica porque ésta es producto del pensamiento moderno, de aquella tradición ilustrada y racionalista que no encontró buen recibo en tierras católicas y contrarreformistas. No es por eso gratuito que Sanín Cano ligue crítica y humanismo, y señale que la inexistencia de la primera obedece a la debilidad del segundo:

Falta una escuela de enseñanza humanística. La crítica, aunque no se manifieste en libros o en crónicas hebdomadarias y en revistas mensuales de sabias publicaciones, existe conservada en la inteligencia y en el conocimiento de un cierto número de personas. La crítica

no es propiamente una actividad sino un acervo de conocimientos, una disciplina, un cúmulo de ideas y sentimientos transmitido por una generación a otras. Entre nosotros no existe la tradición crítica porque no ha habido la enseñanza propia de las materias que la componen, porque no ha habido una enseñanza fundada en el humanismo.³

El humanismo es entendido por él de una manera radical. No se emparenta de ningún modo con la tradición conservadora que había sostenido un supuesto humanismo sobre las bases del conocimiento de la tradición grecolatina, el hispanismo y una visión reduccionista de la filología. Para Baldomero Sanín Cano el crítico humanista estaba abierto al mundo, a las corrientes de pensamiento contemporáneas, a la literatura moderna, pero, además, debía poseer la tolerancia y la ductilidad intelectual para levantarse sobre las creencias heredadas o adquiridas y modificar el juicio propio.

Esto puede observarse en la crítica que hace a Miguel Antonio Caro a quien, sin despreciar sus talentos, se niega a considerar un filólogo, en contravía de los

tantos admiradores del escritor bogotano. Dice Sanín Cano que Caro no es un filólogo porque “la filología, además de ciencia, es una disciplina del espíritu, es principalmente un método y un estado de conciencia. No basta poseer muchas lenguas, conocer la historia del hombre, haber penetrado en los senos de la filosofía. Se necesita un gran respeto a los hechos, a la conciencia ajena, no sin asumir que toda persona procede y piensa de buena fe mientras no se demuestre lo contrario”.⁴ Y en Miguel Antonio Caro la inteligencia siempre estuvo al servicio de sus ideales católicos y conservadores, revestidos de la verdad del dogma, férreos e inmodificables, lo que contrasta con la libertad intelectual que Sanín Cano plantea como ideal del crítico.

Baldomero Sanín Cano asumió su compromiso intelectual de una manera plena: se empeñó en aclimatar obras y autores modernos en una sociedad reacia a modificar sus creencias y valores, hizo que nombres como el de Nietzsche o Ibsen fueran conocidos, alentó a quienes traían vientos de renovación a la y la literatura colombiana, mantuvo un diálogo constante con la inteligencia americana y

Europea. Comprendió que su labor, más que juzgar, era “comprender (aunque también), investigar orígenes, aquilatar influencias, sorprender olvidos y fijar escuelas”.⁵ Pero la comprensión no le impidió el juicio radical cuando enfrentaba a autores empeñados en mantener atada la vida cultural a principios anacrónicos. Así, en un artículo publicado en 1912, ante los plañidos por la muerte de Marcelino Menéndez y Pelayo, se pregunta por el peso real de su figura intelectual, y se responde:

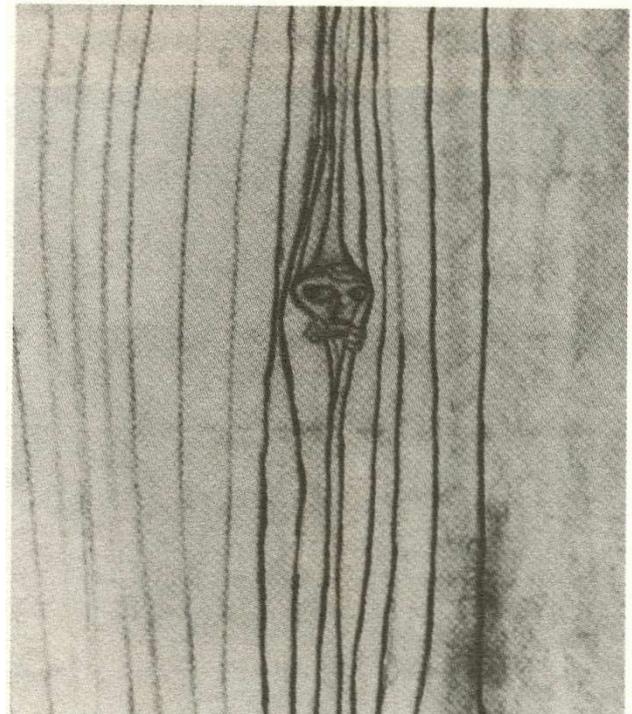
“Menéndez Pelayo puso todo el vigor de su inteligencia, todo el empuje de sus hombros atléticos en contra de la renovación. Por causa de su influjo hemos visto en España retardarse en caso de un cuarto de siglo la fecunda renovación literaria que sopló sobre el mundo europeo desde 1880 hasta fines del siglo pasado”⁶, y refuerza diciendo: “en una época en que escribieron Renan, Ruskin, Turgueniev, los Goncourt, Flaubert y Walter Pater, el autor de los Heterodoxos españoles continuaba ofreciendo a las Españas el entusiasmo verbal de César Cantú como desideratum de estilo”. De Rafael Núñez, considerado uno de los grandes poetas del romanticismo colombiano,

señala la impostura que atraviesa toda su obra poética, lo disparatado de sus contenidos filosóficos, su pobreza métrica y su abuso del lugar común; ya habíamos comentado sus apreciaciones sobre Miguel Antonio Caro, el otro pilar de la Regeneración.

Mas esta clara distancia con ciertas corrientes y figuras no lo convirtió nunca en un polemista exaltado o en un crítico prejuiciado. En su estilo no es ajena la ironía, pero ésta jamás se rebaja al insulto; ni el radicalismo que exhibía ante ciertos temas -el valor de la educación, los derechos de la mujer, la necesidad de ponernos al día en el orden intelectual y cultural- convirtió sus textos en panfletos. Cierta

escepticismo sobre la función de la crítica le impide esperar que ella germine en cambios rápidos y de magnitud. Sabe que la transformación que desea no es el resultado de individualidades sino el lento edificar de un conjunto de

hombres que comparten ciertos ideales: “Entre nosotros no hay tradición, no hay conocimiento y no tendremos las dos cosas en mucho tiempo, porque apenas ahora se ha comenzado a enseñar en forma. Pero una tradición no se forma súbitamente; hay que obrar sobre generaciones”.⁷ Este reconocimiento lo mantuvo alejado de la soberbia del crítico, pero, a su vez, al darle claridad sobre el valor de su trabajo, recoger los pocos aportes existentes para una cultura moderna en el país y favorecer el despliegue de otros nuevos, le permitió no ceder en la, como él mismo lo indica, ingrata labor del crítico:



Sin título, 1950. Louise Bourgeois. Tinta china y carboncillo

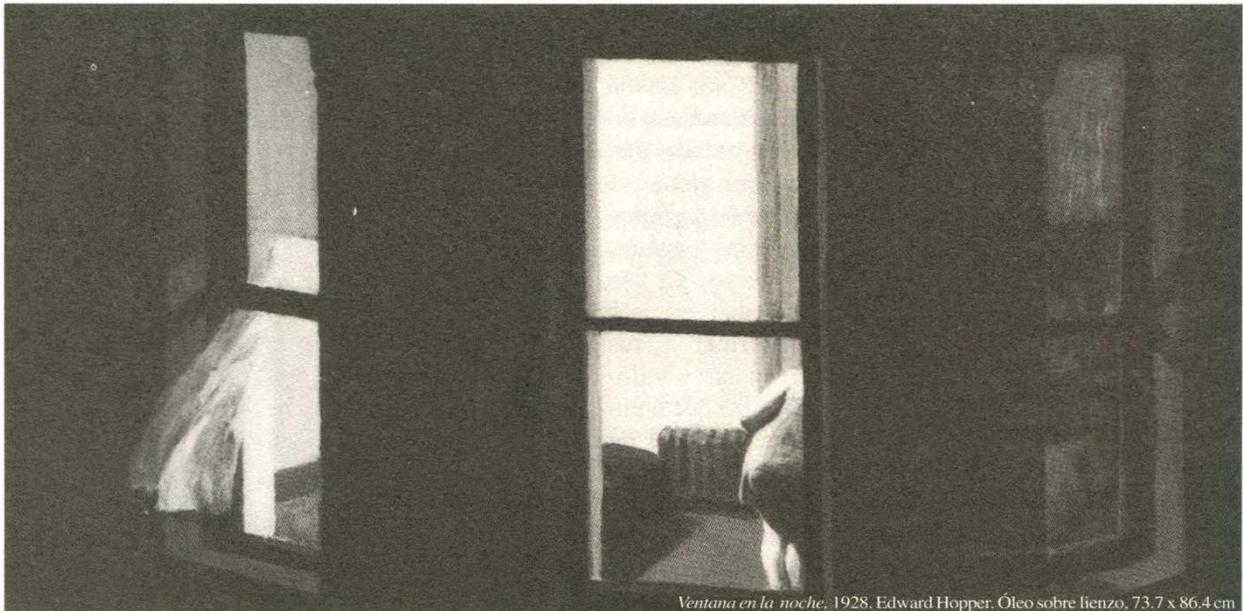
En ciudades de población numéricamente reducida, donde el grupo de personas dada a la lectura o al prurito de escribir no pasa de unas centenas, el ejercicio de la crítica puede lastimar sentimientos respetables y suscitar enemistades tan duraderas como la vida. Se han visto casos. Nadie echa sobre sus hombros, con ánimo de juvenil ligereza, la tarea de decir francamente su opinión sobre la obra ajena y las capacidades del autor.⁸

Notas.

1. Baldomero Sanín Cano, citado por Juan Gustavo Cobo Borda, "Prólogo", *El oficio del lector*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987, p. XII

2. Baldomero Sanín Cano, *Ocaso de la crítica*, p 297
3. Baldomero Sanín Cano, *La crítica en Colombia*, p. 345
4. Baldomero Sanín Cano, *Un siglo que pasa, una memoria que perdura*, p.309
5. Baldomero Sanín Cano, *La crítica en Colombia*, p. 346
6. Baldomero Sanín Cano, *Menéndez Pela yo*, p. 160
7. Baldomero Sanín Cano, *La crítica en Colombia*, p 345
8. Baldomero Sanín Cano, *Ocaso de la Crítica*, p 296

Óscar E. Montoya G., editor de línea Ciencias Sociales y Humanas de la Editorial Universidad de Antioquia.



Ventana en la noche, 1928. Edward Hopper. Óleo sobre lienzo, 73.7 x 86.4 cm

Colección de periódicos: un mundo en la Biblioteca

Por: Rosa Elena Peláez González

La Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia cuenta, dentro de sus colecciones patrimoniales, con la Colección de Periódicos, una de las más completas del país, con títulos nacionales desde 1785, cuando se publicó la primera noticia impresa en Colombia: *El aviso del terremoto*.

Está conformada esta colección por cerca de 2.500 títulos de periódicos colombianos editados a partir de los siglos XVIII y XIX (*El Zancudo*, Bogotá, 1791 y *El Semanario del Nuevo Reino de Granada*, 1809). Su organización se inició en 1975 con una parte de los periódicos procedentes de donaciones, entre otras, de la Biblioteca y Museo de Zea, periódicos provenientes de distintas regiones del país, marcados por diferentes tendencias ideológicas. Se elaboraron, para su consulta, índices alfabéticos, cronológicos y geográficos.

A partir de entonces, los profesores Víctor Álvarez y Beatriz Patiño elaboraron el Índice Analítico del periódico *El Neogranadino*, y los

profesores María Teresa Uribe y Jesús María Álvarez, el Índice de la Prensa Colombiana 1840-1940.

Para la consulta de la prensa, además de los índices anteriores, se cuenta con el Índice del Periódico *El Colombiano*, elaborado por el Centro de Investigaciones de la Escuela de Bibliotecología, desde 1985 hasta 1996, y el catálogo de analíticas conformado por las noticias diarias más relevantes de los periódicos, suplementos literarios y magazine s dominicales que se reciben regularmente en la colección.

Con el fin de preservar los periódicos del deterioro que sufren con el uso diario, en la actualidad se tienen microfilmados 113 títulos del siglo XIX, *El Colombiano*, de 1912 a 1979; *El Mundo*, de 1981 a 1982 y *El Espectador*, de 1887 a 1923. Se están realizando también algunas tareas tendientes a la restauración de las colecciones que lo requieran, para continuar con el proceso de microfilmación. Para la consulta se cuenta con lectores de microfilmes, ya que el ejemplar en papel, una vez microfilmado, no se presta.

La Colección ha servido durante estos años no sólo a nuestros usuarios regionales, sino también a investigadores nacionales y extranjeros que trabajan aspectos sociopolíticos, económicos y culturales de Colombia.

Se cuenta con un reglamento y unas políticas propias, tendientes siempre a lograr la conservación y preservación de

la misma.

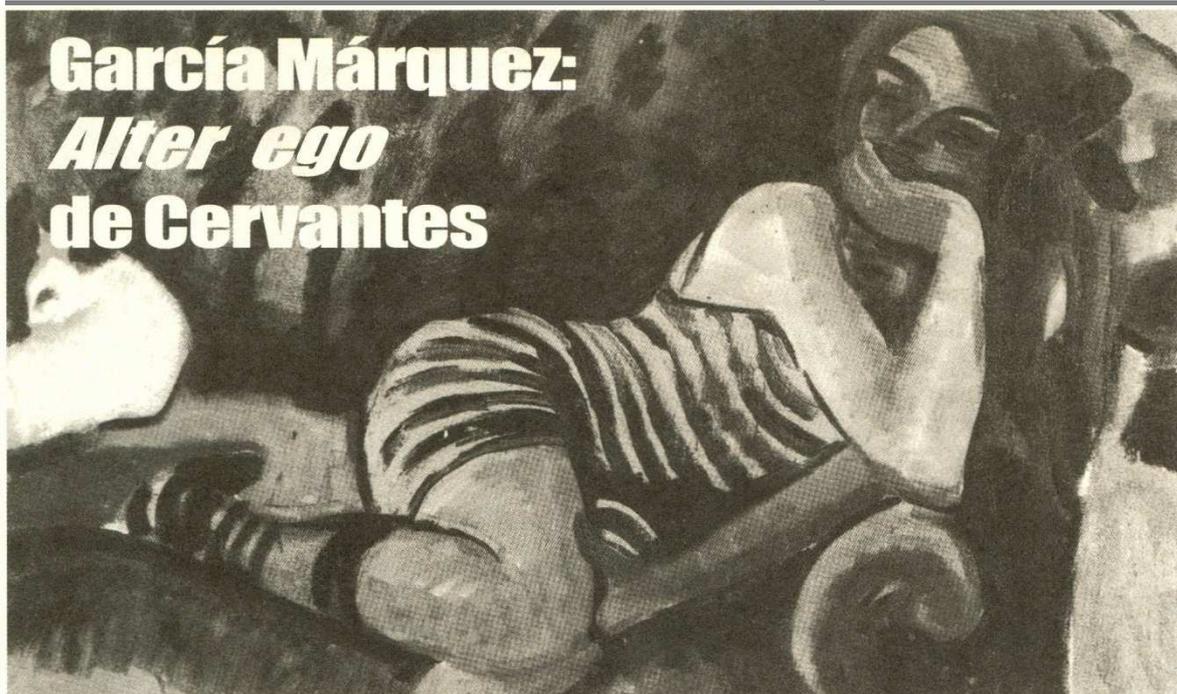
La prensa es la depositaria de la historia, narrada desde diversos puntos de vista: ideológico, político y científico, y se convierte en una de las mejores herramientas para la investigación, y fuente primaria para el análisis del proceso cultural.

El investigador actual ya no se siente espectador sino actor de la historia. Consulta ya no por curiosidad, sino por

necesidad.

Quien escrute el pasado o revise el presente, encontrará en la prensa la información que necesita y sabrá valorarla como instrumento de conservación de la memoria cultural del país y del mundo.

Rosa Elena Peláez González, Coordinadora Colecciones Patrimoniales, Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia.



El sofá verde, 1910. Max Pechstein. Óleo sobre lienzo. 96.6 x 96.5 cm

Por: Juan Carlos Botero Zea

Gabriel García Márquez es el novelista más importante de Colombia en el siglo XX y, sin duda, en toda su historia literaria. Más aún, y para orgullo nuestro, es probable que sea el novelista más destacado, en lengua castellana, después de Miguel de Cervantes. Así lo señaló Pablo Neruda en varias ocasiones, y así lo repetía el catedrático de la Universidad de Harvard, Juan Marichal, cada vez que podía. Inclusive, con el paso del tiempo, ese veredicto no sólo se escucha con mayor frecuencia, sino que parece más justo y acertado.

Un juicio de ese calibre resulta correcto, en parte, porque la historia de la literatura universal favorece a nuestro Premio Nobel. A diferencia de otros pueblos donde la creación de grandes novelas ha sido casi permanente a partir del Siglo XVII, en la cultura

hispanoamericana los vacíos son abismales. “El idioma inglés posee una tradición ininterrumpida”, nos explica Carlos Fuentes. En cambio, “el castellano sufre un inmenso hiato entre el último gran poeta del Siglo de Oro, que fue una monja mexicana del siglo XVII, sor Juana Inés de la Cruz, y el siguiente gran poeta que fue un nicaragüense andariego de fines del siglo XIX, Rubén Daría; y una interrupción todavía mayor entre la más grande novela, la novela fundadora de Occidente, Don Quijote, publicada en 1605, y los siguientes grandes novelistas, Galdós y Clarín, en el siglo XIX”.

Para tener una idea más exacta del tamaño de este vacío que se extiende desde Cervantes, y de la diferencia que existe entre nuestra lengua y otras en el arte de la novela, recordemos que Benito Pérez Galdós (la cumbre siguiente en el gigantesco cráter que señala Fuentes),

nace en 1843, el mismo año que el célebre autor Henry James. Para entonces, Stendhal ya había muerto; a Balzac le quedaban siete años de vida; Flaubert ya estaba escribiendo; Tolstoy y Dostoievsky también; maestros de la dimensión de Víctor Hugo, Dumas, Dickens, las hermanas Bronté y Herman Melville, ya estaban creando grandes novelas. El castellano tenía novelistas, desde luego, pero eran talentos menores en comparación con estas figuras colosales. Y en el caso de Colombia, el

vacío es todavía más evidente: nuestra primera gran novela, María de Jorge Isaacs, se publica en 1867, diez años después de Madame Bovary, y mientras que en 1924 se proclama La Vorágine como un acontecimiento literario (y para América Latina lo era), dos años antes se había publicado *Ulyses* de James Joyce. Por tanto, todo parece indicar

que es cierto: al analizar la tradición novelística en español, después de Cervantes, se extiende un vacío de siglos, y luego, cuando el género por fin se pone en pie y de veras recupera su prestigio, la mayoría de los autores más valiosos son latinoamericanos. Entre ellos, García Márquez ocupa un lugar preponderante. Por eso, no resulta descabellado afirmar que, luego del

creador del Don Quijote, el novelista más importante en castellano es nuestro compatriota.

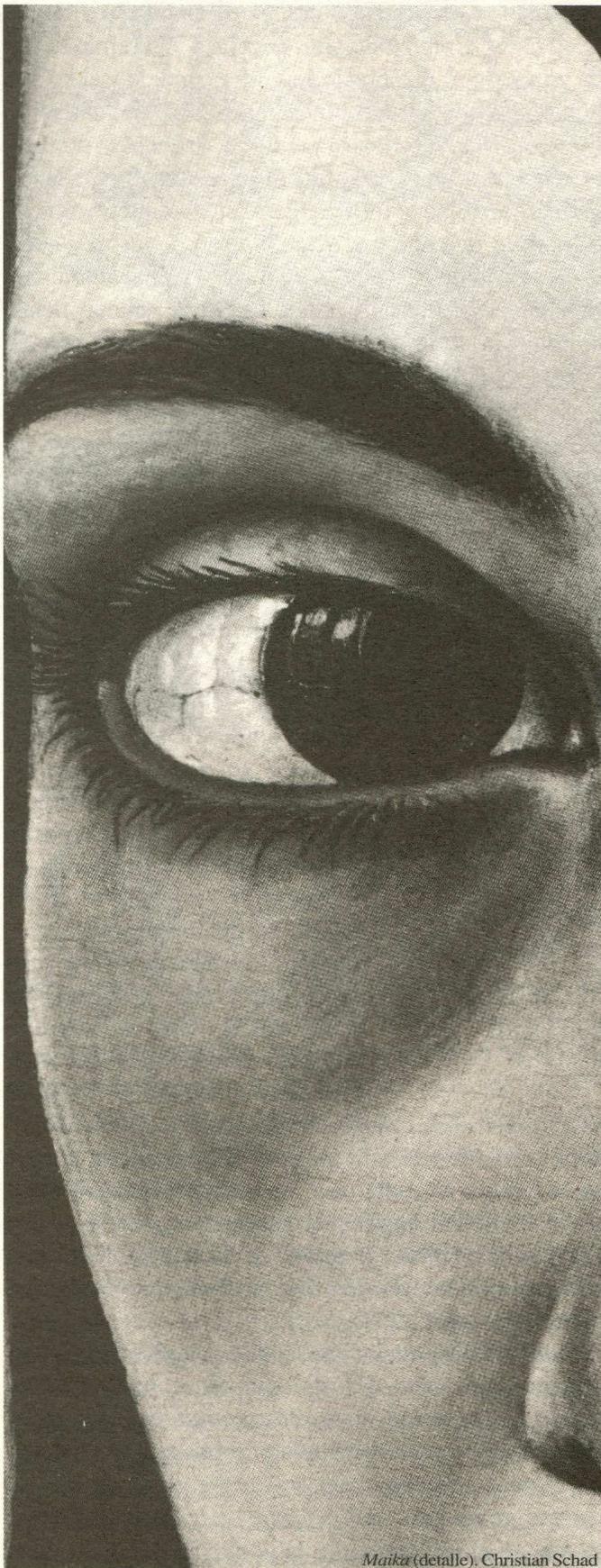
Pero si en comparación no existe, por decirlo de alguna forma, el concurso o la competencia (desde el punto de vista novelístico) en nuestro idioma, como sí la hay en otros, no por eso el mérito de García Márquez es menos grande. En medio de la explosión de autores en español de este siglo, quizás él es el más leído, el más estudiado y el más

traducido de todos. Por supuesto, muchos han escrito excelentes novelas en castellano. Pero casi ninguno desde Cervantes ha escrito tantos y tan buenos libros como el hijo del telegrafista nacido en Aracataca. Es decir, pocos han creado una obra más perdurable (con la posible excepción de Rulfo), y a la vez tan vasta y extensa, de mayor aliento y, sobre todo, de mayor

universalidad.

Aún así, lo que resulta sorprendente es que en Colombia -y es un hecho digno de meditar que este tipo de afirmación sólo se escuche en nuestro país- proliferan juicios como: "García Márquez es apenas un buen periodista que captó lo que aquí vemos todos los días". Sí: esa realidad la vemos a diario,

Gabriel García Márquez es el novelista más importante de Colombia en el siglo XX y, sin duda, en toda su historia literaria. Más aún, y para orgullo nuestro, es probable que sea el novelista más destacado, en lengua castellana, después de Miguel de Cervantes. Así lo señaló Pablo Neruda en varias ocasiones, y así lo repetía el catedrático de la Universidad de Harvard, Juan Marichal, cada vez que podía. Inclusive, con el paso del tiempo, ese veredicto no sólo se escucha con mayor frecuencia, sino que parece más justo



Maika (detalle). Christian Schad

pero nadie la había rescatado de la banalidad de lo cotidiano ni la había elevado a las cimas del arte universal antes de él. Mejor dicho, nadie la había vuelto evidente. Esa es la diferencia, y ese es su mayor aporte a nuestra cultura y a nuestras letras. Y la prueba que confirma la singularidad de su talento es que si enviaran al mejor periodista del planeta a la costa Atlántica, y aunque viviera allí el tiempo que fuera, jamás podría escribir *Cien años de soledad*.

En efecto, si hoy interpretamos nuestra realidad como macondiana, es gracias a la obra de García Márquez, y no al revés. Como todo gran novelista, el Premio Nobel ha impuesto su manera de percibir el mundo y al mismo tiempo ha creado un mundo nuevo. Su genialidad no sólo consiste en reflejar la realidad (pues para eso basta la prensa), sino que aporta otra: la suya. Sin duda, las grandes novelas la reflejan, pero su auténtico valor radica en lo que añaden. Y, en el caso de las de García Márquez, lo que añaden es un mundo verbal autónomo, rico en personajes e imaginación, y que además tienen la potencia de iluminar, con el fulgor de las obras de arte, el mundo real. A veces, inclusive, es tan poderosa la suplantación, que caminando por América Latina, en vez de ver la realidad, lo que vemos es el mundo del colombiano. Entonces decimos: "esto es Macondo".

Adicionalmente, García Márquez ha escrito varias novelas que perdurarán en el tiempo. Futuras generaciones admirarán la paciente dignidad del viejo

coronel, podrido en la miseria, de *El Coronel no tiene quien le escriba*; se sorprenderán con el honor que esclaviza, como un destino fatal, a los personajes de *Crónica de una muerte anunciada*; se deslumbrarán con la prodigiosa espiral de tiempo y palabras que retratan la soledad del poder en *El otoño del patriarca*; admirarán la fuerza del amor que derrota el paso de los años en *El amor en los tiempos del cólera*; y quedarán atónitos con la fantasía, la magia y la aventura de la saga de la familia Buendía en *Cien años de soledad*. Estas novelas deleitan, entretienen y apasionan, pero son, ante todo, grandes obras literarias: es decir, realidades verbales que esclarecen los rincones más recónditos del corazón humano.

García Márquez, inclusive, ha escrito libros que bordean la perfección. Libros completos, redondos, sin fisuras ni resquicios, de técnicas y arquitecturas magistrales, donde no falta un punto ni sobra una coma, como *El coronel no tiene quien le escriba*, *Crónica de una muerte anunciada*, y *Cien años de soledad*. Obviamente, en el arte no existe la perfección. Pero el éxito de estas ficciones consiste en aparentarla, en imponer una contundencia que no deja lugar a dudas. Al concluir estas obras, queda flotando un aroma de fatalidad, una impresión final que enmudece al lector como si el texto dijera: "así está hecho, y sólo podía ser de esta manera".

Por supuesto, García Márquez no siempre ha escrito textos geniales. Desde mi orilla, hay dos que considero menos afortunados. El primero es *Doce*

cuentos peregrinos. Salvo el prólogo (que es una exquisitez), y *El rastro de tu sangre en la nieve*, esta colección no parece digna de la pluma del autor de cuentos como *La siesta del martes*, *En este pueblo no hay ladrones*, y tantos otros relatos maestros. García Márquez es uno de los cuentistas (con Borges y Cortázar) más respetados del continente. Pero en este libro, varios de los cuentos parecen notas de prensa que carecen de valor. Inclusive, algunos críticos han señalado que, más que un libro de cuentos, éste se asemeja a una recopilación de desechos. Y quizás tienen razón.

Otro libro menos logrado (y aquí desde luego, todo es subjetividad), es *Del amor y otros demonios*. Esta novela tropieza, a mi juicio, por razones puramente formales. Y es extraño, pues García Márquez se destaca por sus brillantes soluciones estructurales. Perturba, por ejemplo, que en esta novela los personajes sean inconsistentes. El héroe Delaura es en ocasiones intrépido y audaz, pero en otras es blando y débil. Sierva es una niña "sigilosa", "de una timidez irredimible", pero actúa con un desenfreno y una seguridad de carácter que no es propia de los tímidos. El Marqués de Casalduero por fin descubre un amor en su vida (su hija), pero tan pronto lo hace la encierra en un convento por rumores endebles. Y un personaje menor, como lo es el Gobernador, adquiere a una esclava abisinia para satisfacer sus apetitos masculinos, pero luego es descrito como un ser afeminado y "mariposón".

No obstante, la peor falla de la novela es

que está rematada antes de tiempo. La edición de Mondadori es de 190 páginas. Pero a la altura de la 160 (cuando apenas faltan 30 para concluir la obra), ni siquiera ha comenzado la relación de amor entre Sierva y Delaura, que constituye el eje central de la historia. Tampoco ha empezado el proceso de exorcismo, y en las escasas páginas que restan, al autor le faltan por atar los cabos sueltos entre El Marqués y Bernarda, y entre El Marqués y Dulce Olivia.

También le falta relatar la suerte de Delaura, el final de Sierva, y el destino de su amiga Martina. Es decir, la novela concluye abrupta y artificialmente, y deja la impresión, en vez de la contundencia de sus obras maestras, de algo inconcluso, inacabado, terminado antes de tiempo.

Por suerte, la importancia de un artista depende de sus aciertos y no de sus errores. Y si unos libros de García Márquez no poseen la misma calidad de otros, aquellos que sí la tienen es tanta que simplemente quita el aliento. Además, estos son la mayoría. Y es en esos donde más se aprecian los aportes del colombiano a la literatura mundial. Porque junto con el realismo mágico, aquel recurso genial para describir nuestra realidad donde lo mítico, lo fantástico y lo concreto se entrelazan con la destreza de un orfebre, él ha compuesto una de las prosas más notables, más bellas y melódicas que se conocen. Su estilo está hecho de una escritura que hechiza, cuyo ritmo, transparencia y armonía ejercen un

efecto que deslumbra. En la frase de Jorge Luis Borges es su “música verbal” su gran creación: La que envuelve al lector y lo seduce sin remedio. Pocos autores en castellano, entre ellos Rulfo y Lezama Lima, han estado más atentos a la musicalidad de la prosa como García Márquez. Y en su caso, esa escritura se puede paladear y saborear, una y otra vez, sin agotarse jamás.

Pero García Márquez es también importante por otras razones. Fue de los primeros en Colombia en advertir que la literatura de la violencia no se podía limitar a un catálogo de muertos. Comprendió, quizás antes que nadie, que el drama de nuestra historia no radicaba en los cadáveres (que, como él mismo afirmó en octubre de 1959: “los pobrecitos muertos que ya no servían sino para ser enterrados”), sino en los supervivientes, y por eso buena parte de sus libros transcurren en paréntesis de paz: lugares donde acaba de pasar la guadaña de la violencia, donde intuimos que pronto regresará, y en esa tensión los protagonistas sobreviven en medio del horror.

Con respecto a su obra cumbre, *Cien años de soledad*, siempre he creído (medio en broma) que la calidad de un libro se puede medir por la cantidad de relecturas que puede aguantar. En ese sentido, este caso representa un triunfo literario. Es una novela tan sabrosa, tan magistralmente ejecutada, que provoca leerla cuantas veces sea posible. Cada vez es fresca y deslumbrante, y las páginas parecen latir con el pulso de las cosas vivas. Es claro que el autor ha

compuesto un texto inmortal, y aunque frente a nuevos gustos y modas, a nuevos tiempos y generaciones, siempre emergerá victorioso. Tiene poco más de treinta años de vida, pero ya irradia el aura eterno de un clásico. Es decir, como sucede con Hamlet y Don Quijote, cuenta con la fuerza para desafiar a futuros lectores y sorprenderlos, conmoverlos, y hacerles latir más deprisa la sangre en las venas. En eso radica su éxito, y en eso radica nuestra fortuna.

Finalmente, García Márquez realizó un aporte adicional y de características trascendentales para la literatura colombiana: él abrió los ojos al mundo moderno de las letras. Le dio la bienvenida a lo que otros, por el nacionalismo que imperaba en la década de los cincuenta, condenaban, como la saludable influencia de autores del calibre de James Joyce, Virginia Woolf, Franz Kafka, Ernest Hemingway y William Faulkner. Curiosamente, gracias a esa lúdica apropiación de lo

foráneo, junto con su temática personal y colombiana, García Márquez alcanzó la universalidad.

Juan Carlos Botero Zea, ganador de los Premios Juan Rulfo de Cuento 1986 y XIX Concurso Latinoamericano de Cuento 1990. Autor del libro Las semillas del tiempo (epífanos) 1992, y Las ventanas y las voces, 1998.



Semidesnudo femenino con sombrero, 1911. Ernst Ludwig Kirchner. Oleo sobre lienzo

La presencia del erotismo en el cuento colombiano



Desnudo de espaldas acostado, 1927. Henri Matisse. Óleo sobre lienzo, 76 x 60 cm

Por: Oscar Castro García

“Nada como soñar que todo París hacía el amor sin horarios, que las oficinas quedaban vacías porque el mundo de sus sueños era una ciudad dedicada a la más irresponsable fornicación colectiva”, dice Ernesto, personaje del cuento *La soledad del viejo amigo* de Óscar Collazos.

Por motivos políticos y económicos más que por razones morales o religiosas, se llegó a censurar la sexualidad, a definir el tipo de relaciones sexuales normales, a estatuir las relaciones matrimoniales, a imponer la monogamia, y a prohibir muchas acciones que en materia sexual, erótica o amorosa se caracterizan en Occidente como aberraciones,

enfermedades, desviaciones, delitos o crímenes. Sin embargo, este asunto es tan antiguo en la literatura, y ésta lo ha tratado de tan variadas formas, que podría asegurarse que mientras Occidente ha tratado de controlar y de normalizar el territorio de Eros en todas sus instituciones, la literatura y el arte no han dejado de transgredir y de proponer nuevos caminos, nuevas formas y nuevas expresiones en este tema, siempre con ese ideal de belleza y de libertad a que todo arte aspira.

Con este preámbulo propongo a los lectores de la Agenda Cultural que vayan a esa rica mina de la LITERATURA COLOMBIANA, a ese género literario llamado CUENTO, que muchos profesores, críticos y editores siguen ignorando desde sus pequeños

sitiales de poder -¿económico, político, ideológico?-, para que descubran la manera como los narradores literarios, muchos de ellos menores de quince años de escritura, han asumido la dimensión erótica en sus obras. Es necesario ver la manera como exploran el erotismo, lo muestran sin temores, lo expurgan, lo desvisten, lo exhiben, lo velan, lo transforman, lo recrean, lo subliman, lo deshacen, lo ironizan, lo destruyen, lo niegan, lo adornan, lo ignoran, lo censuran, lo des penalizan o se burlan de él.

Muchos de esos cuentos no entran en la tradición literaria clásica; aún más, olvidados o ignorantes de lo que podríamos llamar las letras clásicas nacionales, y hasta del tratamiento o presentación del tema del erotismo en la narrativa y en la poesía colombiana de años más remotos, se han dedicado a explorar esta dimensión del cuerpo en sus primeros ejercicios narrativas publicados en las últimas décadas. Y lo vienen haciendo sin importarles los cánones literarios, morales, políticos o ideológicos; sin importarles las normas de comportamiento sexual. ¿Acaso hay, entonces, una rebelión, una nueva mirada, un nuevo lenguaje? ¿Han llegado nuevos valores y, por tanto, nuevos cánones relacionados con el erotismo y con el amor? ¿Se trata de nuevos cánones literarios también? Dice Luz Mary Giraldo en el prólogo a su antología *Nuevo cuento colombiano 1975-1995*:

Los autores más jóvenes oscilan entre la continuación de lineamientos afines a la generación anterior y otras alternativas: algunos

parecen buscar en las cenizas o en la decadencia de la cultura moderna y manifiestan el desamparo y el desasosiego de unos ideales perdidos, exploran en la fábula, en el vacío, en la perversión, en el erotismo, en la frivolidad y lo pasatista, en modalidades del background, en las indagaciones policiacas, en la literatura como juego pensado, inteligente y exacto... y en la caricatura que, parodiando cultura, sociedad e historia, hace de lo narrado un espacio de divertimento.

Y son el erotismo, la perversión y la frivolidad, a los que hay que agregar los conflictos sociales y económicos, la delincuencia y la subversión, así como los fenómenos que se derivan de éstos, temas que exploran con mayor interés y frecuencia gran número de los escritores más recientes en edad y en publicaciones. Al lector corresponde la decisión de leer obras en las que la presencia del erotismo y del amor sean fundamentales. La lista que ofrezco sirve para indagar el mundo de las sensaciones eróticas, de los deseos, de las pulsiones, de los temores, de los tabúes, de los mitos, de las fantasías, de los miedos, de las transformaciones del cuerpo, de los desamores, de las sublimaciones y de los castigos, de las penas, de los sufrimientos y de los crímenes que se relacionan siempre con estos peligrosos juegos, en la ambigua moral de la cultura en esta Colombia de fin de siglo. Entre los más antiguos, sugiero leer a Elisa Mújica (1918): *Ángela y el diablo* (1953), *Árbol de ruedas* (1972) y *La tienda de imágenes* (1987); Pedro Gómez Valderrama (1923-1992): *Cuentos completos* (1996); Álvaro Cepeda Samudio (1926-1972): *Los cuentos de Juana* (1996); Gabriel García Márquez (1927): *Todos los cuentos* (1977)

y *Doce cuentos peregrinos* (1992); Nicolás Suescún (1937): *El retorno a casa* (1972), *El extraño y otros cuentos* (1980) y *Oniromanía* (1996); Germán Espinosa (1938): *Cuentos completos* (1998); Marvel Moreno (1939-1995): *Algo tan feo en la vida de una señora de bien* (1980) y *El encuentro y otros relatos* (1992); Jaime Espinel (1940): *Manrique's micros y otros cuentos neoyorquinos* (1986) y *Alba negra* (1991); y Fanny Buitrago (1945): *El hombre de paja y las distancias doradas* (1964), *La otra gente* (1973), *Bahía sonora* (1976), *Los amores de Afrodita* (1983) y *Líbranos de todo mal* (1989).

De los autores más recientes sugiero a Umberto Valverde (1947): *Bomba Camará* (1972) y *En busca de tu nombre* (1976); Roberto Burgos Cantor (1948): *Lo amador y otros cuentos* (1984), *De gozos y desvelos* (1987) y *Quiero es cantar* (1998); Marco Tulio Aguilera Garramuño (1949): *Cuentos para después de hacer el amor* (1985) y *Cuentos para antes de hacer el amor* (1995); Tomás González (1950): *Historia de El Rey de Honka-Monka* (1995) y *Aguaceros de mayo* (1991); Germán Santamaría (1950): *Los días de*

calor(1970), *¿Marilyn?* (1974) y *Morir último* (198-)*; Andrés Caicedo (1951-1977): *Destinitos fatales* (1988); Evelio José Rosero (1958): *Cuento para matar un perro* (y otros cuentos) (1989); Philip Potdevin (1958): *Magister ludi* (1994) y *Estragos de la lujuria* (y sus remedios) (1996); Ana María Jaramillo (1956): *Crímenes domésticos* (1993); Colombia Truque (195-)*: *Otro Nombre para María y otros cuentos* (1993); Marcela Lemarie (195-)*: *La barbarie del tiempo* (1988); y Lucía Victoria Torres (1960): *El amor no es una rosa* (1986).

Por motivos políticos y económicos más que por razones morales o religiosas, se llegó a censurar la sexualidad, a definir el tipo de relaciones sexuales normales a estatuir las relaciones matrimoniales, a imponer la monogamia, y a prohibir muchas acciones que en materia sexual erótica o amorosa se caracterizan en Occidente como aberraciones, enfermedades, desviaciones, delitos o crímenes.

Algunas antologías del cuento colombiano reciente muestran las nuevas tendencias: Eduardo Pachón Padilla: *El cuento colombiano contemporáneo III. Generación 1970* (1985); y Luz Mary Giraldo: *Nuevo cuento colombiano 1975-1995* (1997), *Ellas cuentan* (1998) y *Cuentos de fin de siglo* (1999).

*No existe registro preciso del año de publicación; igualmente, se desconoce la fecha exacta del nacimiento de Marcela Lemarie.

Óscar Castro, profesor de Literatura Colombiana de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Los Nukak: el pasado en presente

Entre el 3 de noviembre y el 13 de diciembre, en la Sala de Exposiciones Graciliano Arcila Vélez, el Museo Universitario rinde un homenaje a los Nukak Makuk, comunidad indígena del Amazonas, con la muestra de treinta y dos fotografías en las cuales se captan los principales aspectos de su modo de vida.

Las treinta y dos fotografías seleccionadas para esta muestra sobre los Nukak fueron tomadas en las selvas del Guaviare, en la Amazonía, entre 1990 y 1994, como parte de un proyecto de investigación etnoarqueológica, desarrollado por los antropólogos Gustavo Politis y Gerardo Ardila. En estas imágenes se captaron los principales aspectos del modo de vida de esta etnia nómada de cazadores y recolectores que ha podido subsistir en un medio ambiente agreste, cada vez más amenazado por la destrucción sistemática de su entorno y la creciente colonización de la región.

Sin duda, se trata de la última comunidad indígena de la Amazonía y de Colombia, que ha entrado en contacto con la sociedad occidental. Subsisten de la caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres, y también de consumir insectos y miel. Al igual que la mayoría de las culturas

aborígenes, los Nukak tienen una horticultura incipiente.

Las evidencias de su subsistencia, entre las que se incluyen prácticas de caza y recolección, así como los patrones de movilidad estacional y territorial, su estructura social, la forma y las características de construcción arquitectónica de sus campamentos y poblados, al igual que sus creencias y compleja cosmovisión recogidas durante los trabajos de campo, nos acercan a un mundo fascinante y desconocido. Sus manifestaciones culturales ofrecen la posibilidad, desde el campo científico, de comprender sociedades

de organización similar en la América antigua.

Sin embargo, el rescate y revalorización de este modo de vida tan distinto, tan exótico y tan difícil de comprender desde nuestro punto de vista occidental

Sin duda, se trata de la última comunidad indígena de la Amazonía y de Colombia, que ha entrado en contacto con la sociedad occidental.

Subsisten de la caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres, y también de consumir insectos y miel. Al igual que la mayoría de las culturas aborígenes, los Nukak tienen una horticultura incipiente.

trasciende, como es lógico, al ámbito humano y político de nuestra nación, ya que su supervivencia está íntimamente ligada a la definición y demarcación de su territorio.

Los Nukak ciertamente mantienen aún su identidad étnica y cultural, pero están en permanente peligro de perder su autonomía de verdaderos hombres de la selva, y la supremacía de sus tierras, así como de diezmarse al contraer enfermedades desconocidas o, inclusive, de ser desposeídos de su cultura merced a nuevos elementos tecnológicos foráneos.

Será como lo afirma Gustavo Politis «¿el inicio de una historia bien conocida entre los indígenas del Amazonas y de toda América, el principio del fin de su forma de vida?». Seguramente, como lo afirma él, los Nukak seguirán existiendo por mucho más tiempo, pero su vida cambiará.

Con esta exposición, el Fondo de Promoción Cultural, por medio del Museo Arqueológico La Merced y el Museo de la Universidad de Antioquia, conscientes de la necesidad de valorar y respetar los modos de vida de grupos humanos con características únicas y distintivas, quieren rendir un merecido homenaje a aquellos hombres que, al igual que los Nukak, persisten defendiendo su vida, su cultura, su selva y su territorio.

*Tomado de Fondo de Promoción de la Cultura,
Museo Arqueológico La Merced de Cali.*

Programa Egresado Benefactor

Pensando en la mejor manera de estimular la solidaridad, la Universidad de Antioquia, por medio del **Programa Egresado Benefactor**, diseñó un proyecto de extensión con el fin de vincular a egresados del Alma Mater, grupos de profesionales, asociaciones y empresas, para que apoyen a estudiantes de escasos recursos en la realización de sus estudios superiores, y así puedan convertirse en profesionales para bien del país y la sociedad.

El **Programa Egresado Benefactor** hace parte de los proyectos que adelanta el Programa de Egresados, el cual está adscrito a Vicerrectoría de Extensión de la Universidad de Antioquia.

Quienes se vinculen a este Programa, podrán aportar cualquier cantidad de dinero, a partir de medio salario mínimo legal mensual vigente. Los dineros recaudados se destinarán a cubrir total o parcialmente la matrícula de estudiantes de pregrado de escasos recursos.

Mayores informes en el Programa de Egresados, Edificio de San Ignacio, Paraninfo de la Universidad de Antioquia, primer piso. Telefax: 216 13 58. Teléfono: 217 74 73.



Del 8 al 13 de noviembre,
encuentro universitario con el libro

XI Feria del libro

Universidad de Antioquia

Entre el 8 y el 13 de noviembre, la Editorial Universidad de Antioquia realizará la undécima versión del ya tradicional encuentro universitario con el libro: Feria del Libro Universidad de Antioquia. Para este año, además de las actividades de exhibición y venta que tendrán lugar en el bloque 22 de la Ciudad Universitaria, se desarrollará una atractiva programación académica y cultural dirigida a la comunidad del Alma Máter y a la ciudadanía en general.

La Feria del Libro Universidad de

XI Feria del libro

Universidad de Antioquia

Programación académica y cultural

- **Inauguración:** Lunes 8 de noviembre, 6:30 p.m., bloque 22, segundo piso.
- **Taller teórico práctico** *Escribir para publicar: nivel básico*, a cargo de Jorge Iván Franco, coordinador de la Sección de Investigación y Extensión de la Editorial Universidad de Antioquia, martes 9 de noviembre, 9:00 a 12:00 y 2:00 a 5:00 p.m., auditorio del Museo Universitario. (Inscripción previa. Cupo 25 personas).
- **Puesta en escena** *El cuento de la isla desconocida*, de José Saramago. Dirigida por: Rodrigo Saldarriaga Sanín, Pequeño Teatro. Miércoles 10 de noviembre, 10:00 a.m., auditorio de Cámara, Facultad de Artes.
- **Conferencia** *La protección de los derechos de autor en la Internet*, dictada por Fernando Zapata, director nacional de derechos de autor. Jueves 11 de noviembre, 4:00 de la tarde, bloque 10, auditorio 218.
- **Foro** *Editoriales universitarias Vs. Editoriales comerciales: la distribución y el mercadeo*. Invitados: Selma Marken, directora de la Asociación de editoriales universitarias de Colombia (Aseuc) y Federico Ribera, Gerente de la División Universitaria de Pearson. Viernes 12 de noviembre, 10:00 de la mañana, auditorio del Museo Universitario.

Antioquia tiene como objetivos primordiales promocionar las publicaciones de las universidades y editoriales académicas, contribuir a que el libro llegue a un mayor número de lectores, inculcar el respeto por los derechos de autor, y fomentar el hábito de la lectura y la escritura.

Los asistentes a esta versión de la Feria también podrán participar en las diferentes actividades culturales y académicas programadas: el lunes 8 de noviembre, se realizará el acto de inauguración con la inmediata apertura del recinto ferial; el martes 9, está programado el taller teórico-práctico Escribir para Publicar: nivel básico, dirigido a estudiantes universitarios.

El miércoles 10, la cita es con la puesta en escena de *El cuento de la isla desconocida*, de José Saramago, a cargo del Pequeño Teatro; el jueves 11, Fernando Zapata, director nacional de derechos de autor, dictará la conferencia "La protección de los derechos de autor en la Internet"; y el viernes 12, se desarrollará un foro sobre "Editoriales universitarias Vs. Editoriales comerciales: la distribución y el mercadeo".

Este año, las editoriales universitarias y académicas han tenido prioridad en la participación como expositores, además de las librerías que tradicionalmente han hecho presencia en este evento. Entre los departamentos de publicaciones de las diferentes universidades del país que ya confirmaron su participación están: Universidad Nacional de Colombia,

Escuela Colombiana de Ingeniería, Universidad Sergio Arboleda, Universidad Pontificia Bolivariana, Politécnico Grancolombiano, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Valle, Universidad del Norte, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Universidad Católica de Colombia y, por supuesto, la Editorial Universidad de Antioquia.

Entre las editoriales académicas que harán presencia están: Planeta, Santillana, Tercer Mundo, Alianza, Ecoe y Pearson. También participarán el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), el Servicio educativo docente (Sedoc), las revistas institucionales de la Universidad de Antioquia y la Asociación de Revistas Culturales de Colombia (Arcca). Y las librerías: Interuniversitaria "El Paraninfo", La Fragua, Sin Sala Bim, Publicaciones Universitarias y Al Pie de la letra.

Desde su inicio, en 1989, la Feria del Libro Universidad de Antioquia ha sido un espacio de encuentro y de intercambio cultural entre las principales editoriales universitarias y académicas del país, y autores, editores y lectores. Desde entonces, cuenta con una creciente afluencia de público que la visita por la posibilidad de encontrar publicaciones de interés especializado y general en un mismo sitio.